

Carta pastoral a los ministros extraordinarios de la comunión

“Lado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.
[...]

Lado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.”

Del *Cántico del Hermano Sol* de san Francisco de Asís.

A los ministros extraordinarios de la comunión
de la diócesis de San Francisco.

Queridos hermanos y hermanas:

Mientras preparaba la Carta por los ochocientos años del *Cántico de las Criaturas* de nuestro padre San Francisco, un comentario del padre Eloi Leclercq me despertó el deseo de escribirles estas líneas. “En sus escritos (Francisco) no emplea el adjetivo «precioso», sino en las cartas donde habla del respeto que se debe al Cuerpo del Señor en el sacramento del altar. El término «precioso» parece fluirle entonces a la mente con toda naturalidad para caracterizar la calidad del lugar donde debe colocarse el Cuerpo del Señor, así como los objetos que sirven al sacramento de la eucaristía.”¹

Cuando Francisco contempla el cielo nocturno, la “hermana luna y las estrellas” evocan la belleza serena del misterio eucarístico. Lo mismo sucede al detenerse en la “hermana agua”, a la que llama “útil y humilde y preciosa y casta”. Francisco ve en la Eucaristía al Dios inmenso y humilde que se abaja hasta nosotros. Como en Belén, Él se hace cercano bajo las apariencias del pan y del vino; este misterio lo ha enamorado profundamente. El Verbo encarnado, recostado y adorado en el pesebre, es el mismo que reposa sobre la mesa del altar y se nos ofrece como Viático para los hombres peregrinos.

Esta veneración profunda se refleja en sus exhortaciones. Por ejemplo, escribía en una carta: “Les ruego, más encarecidamente que por mí mismo, que... supliquen humildemente a los clérigos que veneren, por encima de todo, el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo... y que sean «preciosos» los cálices, corporales, ornamentos del altar y todo lo que sirve para el sacrificio.” Así mismo, la *Leyenda de Perusa* narra: “Cuando terminaba de predicar al pueblo, reunía a todos los sacerdotes... Les hablaba de la salvación de las almas y, sobre todo, les recomendaba mucho el cuidado y diligencia que debían poner para que estuvieran limpias las iglesias, los altares y todo lo que sirve para la celebración de los divinos misterios.” (LP 61).

En aquel tiempo, la presencia real de Cristo en la Eucaristía era objeto de controversia. Mientras algunos dudaban de ella, el culto eucarístico crecía en muchos lugares. En este contexto debemos situar estas exhortaciones de Francisco. En 1264, el papa Urbano IV extendió a toda la Iglesia la fiesta del *Corpus Christi* que ya se celebraba en Lieja. Santo Tomás de Aquino compuso los himnos que aún cantamos, como el célebre: “Te adoro con fervor, Deidad oculta, que estás bajo estas formas escondidas...” (traducción libre del himno *Adoro te devote*).

¹ Eloi Leclercq, *El Cántico de las criaturas*, Editorial Franciscana Aránzazu (Guipúzcoa 1988) 31

El *Cántico del Hermano Sol* me ha llevado a meditar en el valioso servicio que ustedes brindan en las comunidades de la diócesis: llevar el Viático a los ancianos y enfermos, y distribuir la sagrada Comunión en la Misa. Gracias por la devoción, abnegación y generosidad con que llevan adelante este servicio. Con esta carta deseo animarlos a reavivar nuestro amor por la Eucaristía, siguiendo el ejemplo de nuestro padre San Francisco.

El “arte de celebrar” nace de un corazón enamorado de Jesús, orante y contemplativo, como el de San Francisco. No se trata de lujo, mero esteticismo o formalismo externo. Como nos enseña el Concilio Vaticano II, los ritos “deben resplandecer con noble sencillez” (SC 34). Con esta “sencillez franciscana” cuidemos la belleza del culto: desde nuestra forma de vestir, el silencio orante (antes y durante la celebración), los gestos y posturas corporales.

En este mismo “espíritu franciscano”, debemos destacar lo esencial: el cuidado del don eucarístico nos impulsa a prolongar el *Sacramento del Amor* en nuestra vida cotidiana. Esta “coherencia eucarística” se manifiesta en el servicio a todos, especialmente a los pobres, los enfermos, los heridos y excluidos. Se trata de la opción preferencial por los pobres que está en el corazón del Evangelio y que tiene un innegable aroma eucarístico, como nos acaba de recordar el papa León XIV: “Y fue también la opción de San Francisco de Asís: en el leproso fue Cristo mismo quien lo abrazó, cambiándole la vida. La figura luminosa del *Poverello* nunca dejará de inspirarnos.” (*Dilexi te* 6).

La santa Trinidad es Amor y es Belleza; Cristo es el “más hermoso de los hombres” (*Salmo* 44, 3); su Cuerpo y Sangre eucarísticos son preciosos, como la liturgia que custodia este misterio. Hermosos son también la comunión, la fraternidad y el amor a los pobres que brota de la Eucaristía, como la ternura con los ancianos y la compasión con los que sufren.

Nuestra Iglesia Diocesana se encamina a celebrar su primer Sínodo. Que San Francisco de Asís nos inspire a recorrer juntos este camino de fe y que su ejemplo nos impulse a vivir con alegría nuestra vida eucarística.

Con mi afecto y bendición.

10 de noviembre de 2025
Memoria de San León Magno



+ Sergio O. Buenanueva
Obispo de San Francisco